

CLUBES DE LECTURA

DOC. 6752

UN CLUB DE LECTURA ES UN GRUPO DE PERSONAS QUE LEEN UN LIBRO AL MISMO TIEMPO. CADA UNO LO HACE EN SU CASA PERO UNA VEZ A LA SEMANA, EN UN DÍA Y A UNA HORA FIJOS, SE REÚNEN TODOS PARA COMENTAR LAS PÁGINAS AVANZADAS DESDE EL ENCUENTRO ANTERIOR.

GRACIAS AL IMPULSO DE BIBLIOTECARIOS Y BIBLIOTECARIAS, LO QUE HACE UN TIEMPO ERA UN LUJO DE UNA MINORÍA, SE PONE AL ALCANCE DE TODOS.



En las reuniones no se lee en alto. Sólo se debate sobre lo que se ha leído en casa: el estilo literario, la acción misma, los personajes; y es bastante frecuente derivar desde el libro a las experiencias personales de los miembros del club. En cada reunión se acuerda la cantidad a leer en los días posteriores, y es ese trozo solamente el que se comenta en la siguiente. Naturalmente, cualquiera tiene el derecho a sobrepasar ese límite, pero no puede desvelar a sus compañeros lo que sucede después del punto marcado.

Hay muchas modalidades de club. Se puede leer narrativa, pero también ensayo o cualquier disciplina que interese. Se puede leer en la lengua materna, pero también en un idioma extranjero, para practicarlo (en ese caso las reuniones también se hacen en esa misma lengua). Hay clubes sólo de mujeres y clubes mixtos, de ancianos, de enfermos psiquiátricos, de niños, de jóvenes, de presos. Algunos clubes inciden más en el aspecto educativo, incluso cuando están formados por adultos; otros, por el contrario, se orientan más al ocio. Hay, como se ve, muchas posibilidades para una actividad que ha demostrado su validez en entornos muy diversos.



ROSANA FARÍA

Plonca, N° 68, Abril 2007



Los clubes de lectura se han extendido en la última década como una mancha de aceite, consagrando una nueva forma de leer y convirtiéndose en un fenómeno sociológico. Los índices de lectura en España son todavía bajos, y ello se debe a múltiples causas de entre las que destacaré tres: un desarrollo económico inferior al de otros países europeos, un sistema bibliotecario muy deficiente hasta el año 1975 –salvado el paréntesis de la Segunda República, en los años treinta–, y un clima benéfico, con muchos días de sol que invitan a salir más que a recogerse en casa.

Hace varios años, un Director General del Libro se preguntaba desesperadamente “cómo hacer leer a un pueblo callejero”. Desde un punto de vista teó-

rico, los clubes parecen ser una buena respuesta a esa pregunta, porque relacionan la lectura con la salida de casa y el encuentro con otras personas, dos cosas que nos gustan mucho a los españoles. Y esa teoría demuestra su completa validez a la vista de lo que está ocurriendo en muchas bibliotecas españolas, incluidas las de Guadalajara, provincia en la que yo trabajo.

Hace veinte años se formó el primer club de lectura de Guadalajara. Nació más o menos al mismo tiempo que los de las Bibliotecas Populares de Madrid, coordinadas entonces por la magnífica bibliotecaria Alicia Girón, que más tarde dirigió la Biblioteca Nacional de Madrid. En aquel momento las bibliotecas públicas empezaban a salir de su

letargo, y los profesionales buscábamos fórmulas para atraer a la gente. Nos reuníamos e intercambiábamos ideas, y de esas conversaciones nacían cosas tan interesantes como los clubes de lectura.

En la ciudad de Guadalajara, que tiene un censo de setenta mil habitantes, comenzaron con menos de diez lectores, y en veinte años se han multiplicado por cuarenta. Actualmente, se reúnen cada semana diecisiete grupos: dos de niños, uno de jóvenes y catorce de adultos. Menos dos, todos leen narrativa, uno de ellos en lengua inglesa, y de esos dos restantes uno se dedica a la historia (novelas y monografías) y otro al ensayo. Todos los días, de lunes a viernes, se celebran varias reuniones en la biblioteca. Todos los coordinadores de los grupos son voluntarios. Si no fuera por eso, no podríamos mantener tantos.

Además de estos grupos, hay otros que celebran sus encuentros en distintos lugares de la ciudad: una residencia de tercera edad, un centro de minusválidos físicos, un hospital psiquiátrico, la sección de psiquiatría de un hospital general, la asociación de niños con síndrome de Down y varias asociaciones de mujeres. Todos ellos utilizan libros de la biblioteca pública. Esto ocurre en la capital, pero en la provincia hay muchos más.

A lo largo de este tiempo, los clubes han sido visitados por algunos de los mejores escritores españoles, y se habrán organizado al menos cien excursiones culturales costeadas por los propios usuarios, entre ellas, un viaje a Lisboa realizado en diciembre de 2002 para conocer los escenarios de las obras de

Saramago y Tabucchi. Se han proyectado muchas películas basadas en novelas, y se han comprado unos diez mil libros.

En otras provincias de España el panorama es parecido. Las experiencias de La Coruña, Cuenca, Granada, Zaragoza, Badalona, Arrasate-Mondragón, Hospitalet, Barañain, Torrelaguna, Cartagena, Ciudad Real, son sólo algunos ejemplos que demuestran la gran vitalidad y variedad de los clubes de lectura españoles.

Los clubes de lectura en España forman un mosaico muy variado y colorido, en el que cada grupo –y cada lector– deja una pequeña huella personal. Pero también es interesante examinar las características que tienen en común. Veamos las cuatro que me parecen más significativas:

Hasta el momento, los clubes de lectura son una práctica eminentemente bibliotecaria, pues han sido las bibliotecas públicas las primeras en darse cuenta de su utilidad para hacer lectores. Sabemos que en otros países son promovidos por las librerías o las editoriales, pero en España casi todos los que existen se organizan en torno a una biblioteca y, aun en el caso de que nazcan bajo el impulso de otra organización –los centros de enseñanza, por ejemplo–, suelen buscar los libros en las bibliotecas públicas.

La verdad es que este hecho no debería sorprendernos. Los bibliotecarios de públicas solemos disfrutar leyendo y estamos abiertos a cualquier idea que ayude a extender ese placer. Por eso no es casual que otra de las prácticas más útiles para la generalización del hábito

lector, la narración oral, que actualmente tiene mucha vigencia en España, tenga también sus raíces en las bibliotecas, donde nuestros antecesores de los años treinta programaban sesiones de narración de cuentos cuando ya empezaba a romperse la tradición oral venida de boca en boca desde muchos siglos antes.

La segunda característica de nuestros clubes es que el mismo gusto por hacer cosas en compañía que anima a sus miembros va más allá del estricto marco del grupo, y culmina en los encuentros de grupos. Las bibliotecas de Gran Canaria o Albacete, por ejemplo, organizan una vez al año reuniones para poner en contacto a todos los clubes que funcionan en su provincia, lo cual requiere una preparación minuciosa.

Un bonito ejemplo de encuentros de este tipo es el programa que desarrollaron en 1997 seis bibliotecas municipales de Guadalajara, que se pusieron de acuerdo para leer el Quijote al mismo tiempo y reunir a todos sus clubes una vez al mes, cada vez en una de las localidades, para participar en una actividad cultural sobre Cervantes y compartir una merienda, elaborada por el club anfitrión con recetas de la época, que fue aumentando en cantidad y calidad según avanzaban los meses debido a la sana competitividad que surgió entre los clubes.

Y es que la tercera característica común de los clubes españoles es su vertiente gastronómica. En la biblioteca de Esquivias, por ejemplo, se toma café con pastas mientras se comentan las páginas leídas. La de Llagostera prefiere el té, y

la de Bellvitge invita a cava en Navidad y fin de curso.

Casi todos los clubes celebran una o varias fiestas a lo largo de la temporada. En Guadalajara se hace una cena con baile a finales de junio, como despedida hasta octubre. En esa ocasión, el Palacio en el que está situada la Biblioteca parece un extraño harén, con más de doscientas mujeres bailando entre sí y unos diez hombres tímidamente arrinconados en sus mesas.

Porque —y esta es la cuarta característica común de nuestros clubes que quiero destacar, aunque creo que es un rasgo general de todos los del mundo— la mayor parte de sus miembros son mujeres. En la encuesta realizada para este artículo sólo dos bibliotecas hablan de equilibrio entre sexos en los clubes de narrativa: la de Ciudad Real —en la que la proporción es de 11/19 a favor de las mujeres— y la de Bellvitge en Hospitalet.

En el primer encuentro nacional de clubes de lectura se propusieron algunas posibles soluciones para captar a la población masculina. Por ejemplo, proponer la lectura de temas cercanos a sus intereses, como el deporte, o programar en las bibliotecas cursos atractivos —de mecánica, o *bricolage*— y dar a conocer los clubes en ellos, o formar grupos con coordinadores masculinos... La situación actual, sin embargo, no ha avanzado mucho desde entonces.

En aquel primer encuentro nacional también se plantearon otros asuntos vitales para la marcha de los clubes, como la educación del gusto literario de



sus componentes, la forma de seleccionar los títulos que se van a leer, la metodología más conveniente para desarrollar las sesiones, las características que debe reunir un buen coordinador y las actividades culturales que se pueden desarrollar a partir del funcionamiento de un club. En el número 113 de la revista "Educación y Biblioteca" se publicó un resumen de los debates y las conclusiones sobre cada uno de estos temas. Les remito a esas páginas porque ahora me interesa entrar en los temas que nos preocupan en la actualidad.

Una de las cosas que más nos inquietan a los bibliotecarios españoles aquí y ahora es la forma de sacar el máximo rendimiento a la inversión que supone comprar tantos libros en ejemplares

múltiples. En la biblioteca de Guadalajara, los prestamos: tenemos casi cien usuarios en todo el territorio nacional, y esa suele ser la pauta que se adopta en todas las bibliotecas. En nuestra Comunidad Autónoma, el movimiento de los lotes para clubes es tan abundante que hemos considerado oportuno redactar unas normas de uso comunes para este tipo de fondos, cosa que se está haciendo en la actualidad.

La solución, evidentemente, pasa por el préstamo. Pero también por la existencia de un depósito central, tutelado preferentemente por un organismo estatal, que preste libros a todo el territorio nacional con más medios de los que tiene una biblioteca sola. Una sugerencia que podemos hacer a la Subdirección



ROSANA FARÍA

General de Bibliotecas es que constituya ese depósito central. La selección podría hacerse cooperativamente entre todas las bibliotecas públicas interesadas en los clubes y, en principio, podría ceñirse a cien obras clásicas “de obligada lectura”, por ejemplo *Guerra y paz*, que es uno de los libros de club que más espacio ocupan y que menos se prestan en la Biblioteca de Guadalajara. Cada club seguiría adquiriendo obras de interés inmediato pero podría conseguir otros muchos títulos del organismo central.

Otra cosa que nos preocupa a los bibliotecarios que programamos clubes es que, con su aumento, cada vez es más



difícil conseguir la visita de los escritores consagrados al finalizar la lectura de una de sus obras.

Todos los profesionales que organizamos clubes sabemos que no hay mejor forma de terminar una obra que el encuentro con su autor porque, después de haber debatido a fondo los pasajes del libro, por fin se pueden contrastar las opiniones surgidas con las de su propio creador. Este convencimiento nos impulsa a invitar a los autores de las obras que más gustan, y como en todos los clubes gustan más o menos las mismas, algunos autores reciben tantas llamadas que, si las atendieran todas, no tendrían ni un minuto para escribir. El resultado es que



ROSANA FARÍA

construyen una muralla entre nosotros y ellos. Las bibliotecas siempre han tenido dificultades económicas para pagar las visitas, pero ahora ese problema ha quedado relegado, porque lo verdaderamente difícil es establecer el contacto con los escritores más deseables.

Aprovechando la ocasión, quiero elevar otra petición, en este caso a la Subdirección General del Libro, para que retome, adaptándolos a las necesidades de ahora, algunos programas de visitas de autores a bibliotecas que dieron muy buenos resultados en el pasado. Consistían esencialmente en acordar con cada escritor una cantidad concreta de visitas al año y distribuir las de la manera más equitativa posible entre las bibliotecas

que las solicitaban. El coste de las visitas era asumido íntegramente por el Ministerio. Así, la revitalización de ese tipo de programas nos liberaría de los dos problemas aludidos: el contacto y el pago del autor.

Otra de nuestras inquietudes actuales es el desarrollo de los clubes de lectura infantiles y juveniles, que tienen en las bibliotecas públicas mucho menos vigor que los de adultos. Me pregunto si el Ministerio de Educación no debería incorporarlos a los colegios e institutos como una oferta permanente, aunque opcional, en horario extraescolar, ahora que muchos centros de enseñanza acumulan en las mañanas las horas lectivas

y dejan las tardes para actividades de tipo más lúdico y placentero.

Ciertamente existe el peligro de que los clubes infantiles y juveniles realizados en el marco escolar se contagien del rechazo que éste produce, pero se podría llegar a muchos más niños y adolescentes de los que ahora acuden a los de las bibliotecas públicas. No es necesario decir que los coordinadores de tales clubes deberían ser lectores entusiastas, y que se tendrían que marcar unas diferencias clarísimas entre las reuniones de club y las clases normales. De todas formas, los bibliotecarios quizá deberíamos resignarnos a que los clubes de niños y de jóvenes sean más modestos que los de adultos, porque los niños tienen más posibilidades de engancharse a la lectura que la mayor parte de los adultos que han dejado atrás hace tiempo su etapa educativa.

Voy a terminar con unas reflexiones personales de tipo general. Hace algunos años me correspondió hablar en unas jornadas bibliotecarias sobre los clubes de lectura. Ante mi entusiasmo por su crecimiento, que en aquel momento parecía no tener límites, otro ponente argumentó que no le parecían un buen método para hacer lectores porque, según él, la lectura es una cosa demasiado importante para que se pueda extender al por mayor. Todo lo más que se les podía reconocer, según aquel compañero de mesa, es una cierta utilidad para conseguir “lectores”, término peyorativo acuñado por el poeta español de la generación de 1927 Pedro Salinas, en el que estarían incluidos, por ejemplo, “el estudiante que se desoja en víspera de un examen... la matrona que, parada junto al fogón, reci-

ta en alto las instrucciones del libro de cocina... o la dama, muy entrada en la treintena, que se retira al secreto de su tocador y corre renglón tras renglón...”. Yo disiento radicalmente de ese punto de vista, y creo que la lectura que se genera en los clubes es de una gran calidad.

Otro escritor español más reciente, Gustavo Martín Garzo, con ocasión de una conferencia sobre la lectura, después de contar con detalle el argumento de la película “El sexto sentido”, que le entusiasma, dijo que, como los fantasmas, los libros son sacos de palabras que necesitan contar una historia a alguien para poder descansar en paz. Esa comparación de los libros y los fantasmas me gusta mucho y la quiero adaptar a los clubes de lectura.

Los personajes de las obras de ficción no son nada, ni siquiera fantasmas, cuando el libro está cerrado. Pero cuando alguien coge el libro y lo abre, empiezan a tomar cuerpo. Cuando son varias personas las que leen el libro a la vez y hablan sobre los personajes, y los juzgan, y los comprenden, y los critican como si fueran el vecino del otro lado del descansillo, se van haciendo más y más visibles, más y más humanos, y casi es posible encontrarse con ellos en la calle.

Y esa no es la única gran virtud de los clubes de lectura. A mí me parece todavía más importante la amplitud de pensamiento que propician, la tolerancia que se va desarrollando reunión tras reunión. Con ocasión de la guerra de Irak, en el club que yo coordiné, salió inevitablemente el tema. La proporción de personas en contra de la guerra y de la inter-



vención de nuestro gobierno era la que se da en todo el país: un 90%, aproximadamente. Pues bien, todas escuchaban respetuosas lo que las demás decían, y eso es un avance muy importante en un país tan visceral como el nuestro.

Termino, ahora de verdad, con una cita de las *Memorias de Adriano*: “Próculo, hombre refinado, organizó reuniones literarias en mi honor. Sofistas de paso, pequeños grupos de estudiantes y aficionados a la literatura, se reunían en los jardines, al borde de una fuente consagrada a Pan. De tiempo en tiempo, un servidor sumergía en ella una jarra de arcilla porosa; los cristales más lípidos

parecían opacos comparados con aquella agua pura.”

Si hemos de creer a Marguerite Yourcenar, ya en tiempos de Adriano existían los clubes de lectura. Me alegra vivir en un momento en el que lo que antes estaba reservado a los emperadores ahora está al alcance de cualquiera. Pero esa suerte sólo la tenemos quienes hemos nacido en el lado privilegiado del mundo, que estamos obligados por ello a trabajar para que las cosas cambien. 🐼

Blanca Calvo

Directora de la Biblioteca Pública de Guadalajara.